

cubrir por su derecha la parte esencial de Suiza, cuya alianza puede creer *no muy sólida* (*sic*). Es un golpe de mano que para ejecutarse solo aguarda la orden, y esta idea me es penosa. V. A. nos es demasiado precioso para no alarmarnos con el peligro que corre. Envio á M. de Thumery, bajo secreto las diligencias que el embajador nos ha autorizado á practicar cerca de MM. de Lanjamets y de Risous.

«En carta particular (28 de febrero) M. de Lanau acusa el recibo de otra del príncipe del 24, con la orden del dia (probablemente de Strasburgo) sobre el descubrimiento de la conspiracion y arresto de Moreau.»

«Todas estas cartas, tanto de M. de Lanau como del príncipe al general Vauborel y la orden del consejo privado, debieron ser producidas ante el tribunal, haciendo relacion á un vasto plan de hostilidades contra la Francia y en el que el príncipe parece comprometido, tanto por el riesgo que se le señala, como por la resolucion de permanecer en el puesto avanzado del peligro y honor que le está asignado.»

¿Quién no se hubiera engañado? ¿quién no hubiera creído al príncipe culpable? ¿quién no hubiera pensado que jugaba en el Rin la propia partida empeñada en Londres? Cuanto le acusaba se hallaba á la vista del primer cónsul; nada que pudiera probar su inocencia se dejó llegar hasta él.

Bonaparte, además, era terrible en sus momentos de furor. Exasperado por los atroces designios de sus enemigos quizá, se dejó llevar de su cólera sin atender á mas.

M. de Meneval (*Napoleon y María Luisa*, introduccion) nos confirma los hechos esenciales del descubrimiento de las cartas Vauborel y Lanau y de la cólera de Bonaparte.

«Cartas ocupadas en el arresto del príncipe, confirmaron al primer cónsul en la creencia de que el duque de Enghien reunia cerca de sí en las orillas del Rin á los emigrados del ejército de Condé, y que él era, en defecto del duque de Berry, el Borbon anunciado para ponerse al frente del movimiento que hubiera seguido á la muerte del jefe del Estado.

«Mientras se encontraba Bonaparte poseido de la *fiebre colérica* causada por los odiosos medios de que contra él se valian sus enemigos, fue cuando el general Moncey le trajo la noticia.

«Pero no bien supo que el procedimiento no arrojaba resultado alguno de las revelaciones que *esperaba del interrogatorio* de Real, se afectó dolorosamente y la reflexion vino á ilustrarlo sobre este acto de inútil rigor.»

Oigamos ahora á M. Desmarest.

«Estaba dado el golpe que señalaba al duque de Enghien á los ojos de Napoleon como el agente principal del complot contra su vida. Que no se busquen fuera de esta *honda preocupacion* las razones de su conducta. No fue inspirada ni por un pretendido consejo privado á quien consultar, ni por la intencion que se le ha supuesto de garantizar los intereses revolucionarios contra todo llamamiento de los Borbones. No; todo lo causó *una primera impresion*; un arre-

*bato súbito* sobre una equivocacion de nombre y un error de hecho.»

Ved ya aquí todas las piezas del proceso. Volvemos á repetir que no hacemos mas que narrar; el lector pronunciará.

El duque de Enghien permaneció diez años sepultado bajo la eminencia del foso de Vincennes, sin que una lágrima amiga, ni una oracion cristiana evocasen allí la memoria de la jóven víctima. Solo durante los primeros dias de esta muerte deplorable, algunos amigos sinceros, algunas buenas almas, servidores fieles, dirigieron furtivamente y de lejos un saludo silencioso al fúnebre lugar.

El 24 de marzo, pocas horas despues de la ejecucion, habia ido M. Harel á pagar la cuenta de una comida servida al príncipe por el fondista Mavree; pero al salir de su casa, no sin haber contado el horrible drama de la noche, vió pararse en la puerta un carruaje, del cual bajaron dos personas, un hombre como de cuarenta años y una señora cubierta con un velo. El hombre se informó de si se habia conducido la víspera á las prisiones del castillo á un preso de distincion. Mavree dijo cuanto sabia, la llegada, el juicio y la rápida ejecucion. La dama velada vaciló, llevó la mano á su corazon y reprimió un grito de dolor; el hombre levantó sus manos al cielo. Luego pidió este se le mostrase desde lejos el pabellon que habia servido de cárcel y el foso que habia servido de sepulcro. Se les condujo adonde desearon, sosteniendo el hombre á la mujer que sollozaba en silencio. Miraron callados y por largo rato y volvieron á marcharse.

En este mismo dia y casi á la misma hora, una maestra de una pension de Vincennes, que diariamente venia en busca de las hijas de Mad. Harel, madama Bon, salia con la madre de ellas. Esta le contó la fúnebre escena y pasando por el puente levadizo, le señaló con el dedo el sitio tras de la muralla, diciendo: «Allí fue.» Mad. Bon, pobre religiosa que la revolucion habia arrancado de su pacífico asilo, se arrodilló y rezó.

Velaba un amigo sobre el montecillo de tierra al lado de las azadas y palas que habian servido para abrir la fosa, abandonadas allí. Era el perro de caza del príncipe, el fiel Mylof.

Mad. Stael hace esta interesante narracion:

«Me ha contado un conocido mio, que pocos dias despues de la muerte del duque de Enghien, fué á pasearse enderredor del torreón de Vincennes; la tierra aun removida, manifestaba el sitio donde se le habia sepultado. Dos niños jugaban sobre la eminencia verde, monumento único de tales cenizas. No lejos de allí se veia sentado á un viejo inválido de blancos cabellos, contemplando á los niños; al fin se levantó, y tomándolos por la mano, les dijo, vertiendo algunas lágrimas: «No jugueis ahí, hijos míos, os lo ruego.» Estas lágrimas fueron los únicos honores hechos al descendiente del gran Condé, y aun la tierra no guardó la señal por mucho tiempo.»

En 1816, el rey Luis XVIII resolvió dar al príncipe de su sangre una sepultura espiatoria. Pero ni